

cambiante, pues se adapta pasivamente a la condición cósmica de la forma”¹⁴. Y en palabras de Lings, “el alma (*nafs*), que tiene el hábito del flujo de los fenómenos, se entrega a ellos sin resistencia, vive en ellos y es dividida y dispersada por ellos, e incluso más que eso: llega a convertirse en lo que piensa y lo que hace”¹⁵. Por tanto, concluye Lings, “debe producirse en el alma un movimiento interiorizante hacia el Corazón para neutralizar la atracción del mundo exterior”¹⁶. Y este es el objetivo del método sufí, que se desarrollará más adelante.

El principio inferior del ser humano

Así pues, el hombre fue creado en la mejor estatura (*aḥsan taqwīm*), pero luego cayó en la condición terrestre de separación y alejamiento de su prototipo divino, una condición que el Corán denomina la inferior de las inferiores (*asfal sāfilin*): “Que en verdad creamos al hombre en la mejor armonía y luego lo convertimos en uno de los más bajos”¹⁷.

Esta condición corresponde al lugar más bajo de la escala evolutiva del *nafs*, que como vimos recibe el nombre de *al-nafs al-ammāra*. Es el estado del hombre dormido, ignorante de su realidad esencial y atado a impulsos negativos inconscientes que lo gobiernan. Se trata del “yo” que está por naturaleza lejos de Dios y es incapaz de ver la realidad espiritual de las cosas, que se satisface con el mundo sin darse cuenta de que es sólo la sombra de algo más real. El *nafs* se encuentra aquí en un estado “salvaje”, sin domeñar. Vemos que muchos autores sufíes utilizan la palabra *nafs* restringiéndola en muchas ocasiones a éste sentido negativo, equiparando el término al principio inferior del ser humano. En adelante también el presente estudio se referirá con el término *nafs* a esta connotación negativa a no ser que se especifique.

La tradición sufí ha descrito el *nafs* como un enemigo interior que habita en el corazón del hombre y al que hay que vencer. Rūmī nos recuerda las palabras del profeta Muhammad al respecto: “Si describiera al enemigo que hay dentro de vuestras almas, estallarían las vesículas hasta de los valientes: nadie seguiría su camino ni le preocuparía

su trabajo”¹⁸. Y él mismo habla del *nafs* con las siguientes palabras, que hace pronunciar al protagonista de una de las múltiples fábulas de animales que aparecen en el *Maṭnawī*, en este caso un león: “Estoy casi muerto por la astucia y artimañas de los hombres, me han picado la serpiente y el escorpión humanos; pero peor que todos los hombres embusteros y rencorosos es el hombre de carne (*nafs*) que se agazapa en mi interior”¹⁹. Y en otro lugar: “Oh reyes, hemos matado al enemigo externo, pero dentro de nosotros hay uno peor. Acabar con él no es trabajo de la razón ni de la inteligencia”²⁰.

Otro autor sufí, el Šayj Al-‘Alawī, explica la historia de cómo su maestro, el Šayj Al-Būzīdī, le instó a abandonar la práctica que tenía de domeñar serpientes y en lugar de ello se dedicara a domeñar a su alma (*nafs*), comparando el veneno de ésta con el veneno de la serpiente: “Un día en que estaba con nosotros en nuestro taller, el Šayj me dijo: “He oído decir que sabes encantar serpientes y que no tienes miedo de que te piquen.” Asentí. Luego dijo: “¿Puedes traerme una ahora y encantarla aquí, delante de nosotros?” Respondí que esto era posible y, saliendo de la ciudad, busqué durante medio día, pero no encontré más que una serpiente pequeña, larga como casi la mitad del brazo. La llevé conmigo y la puse ante el Šayj, después de lo cual empecé a realizar mis prácticas habituales mientras él, sentado, me observaba. “¿Podrías encantar una serpiente más grande que ésta?”, preguntó. Repuse que el tamaño no tenía importancia para mí. Entonces dijo: ¿Quiero mostrarte una más grande que ésta y mucho más venenosa, y si eres capaz de dominarla, es que eres un verdadero sabio.” Le pedí que me indicara dónde se hallaba y dijo: “Hablo de tu alma que está entre los dos costados de tu cuerpo. Su veneno es más mortal que el de una serpiente y si tú eres capaz de dominarla y de hacer de ella lo que te plazca eres, como he dicho, de seguro un sabio.” Luego añadió: “Ve y haz con esta pequeña serpiente lo que acostumbras a hacer con ellas y no vuelvas nunca a estas prácticas.” Salí, preguntándome acerca del alma y sobre cómo su veneno podía ser más mortal que el de una serpiente”²¹. La serpiente es así un símbolo tradicional del *nafs*. Sin embargo, este animal es también símbolo de la medicina; esta contradicción aparente se explica por el hecho de que, según el sufismo, la

educación del *nafs*, como se ha dicho, va asociada a la adquisición paulatina de la salud. Esta idea se desarrollará más adelante en el apartado sobre los antiguos hospitales islámicos.

En otras tradiciones, como la judía, vemos la misma concepción; así, el pensador andalusí Ibn Paqūda declara que “todo hombre tiene dentro de sí a su propio enemigo [...]”²². Y no sólo las religiones del Libro sino también otras religiones expresan el mismo principio, pues por ejemplo según el Budismo existen tres venenos en el interior del ser humano contra los que hay que estar precavidos: el odio, el deseo y la ignorancia²³.

Hay que destacar que para el sufismo el *nafs* tiene una existencia ontológicamente objetiva. Rūmī afirma tal objetividad: “El hombre tiene muchos enemigos secretos; la persona cauta es sabia. Hay criaturas ocultas, buenas y malas: a cada instante descargan sus golpes sobre el corazón. Si vas al río a lavarte, te pinchas con una espina en el agua. Aunque la espina se esconde bajo el agua, sabes que está ahí, puesto que te punza. Los agujones de las inspiraciones angélicas y de las tentaciones satánicas provienen de mil seres, no sólo de uno. Espera a que se transmuten tus sentidos corporales, para que puedas verlos y se resuelvan las dificultades; para que veas de quién son las palabras que has rechazado y a quién has elegido como tu capitán”²⁴.

El filósofo y médico musulmán Ibn Sīnā (Avicena), describe el *nafs* a modo de energías psíquicas que acompañan el alma induciéndola continuamente al error. Estas energías guardan relación con las clásicas potencias del alma propuestas por Platón, clasificación que Avicena conserva, eso es, concupiscible, irascible e imaginativa. Avicena les da un trato personal (malos compañeros, demonios, etc...) porque usan de estrategias y tienen la capacidad de dominar y subordinar a la persona: “Esos que te rodean y jamás te abandonan son malos compañeros [...]. Ese que marcha siempre por delante es un embustero, un charlatán frívolo, que adorna falsedades y forja ficciones [...], mezcla lo cierto y lo falso, mancilla la verdad con errores, a pesar de presentarse como tu ojo derecho y tu luminoso guía²⁵. [...] En cuanto a ese

compañero que está a tu derecha, es muy violento; cuando es presa de la cólera, ninguna opinión puede controlarlo; tratarlo cortésmente no atenúa en nada su excitación²⁶. Por último, el compañero que tienes a tu izquierda es un indecoroso, un glotón, un lúbrico [...]. Y es a estas malas compañías, ¡oh infortunado! a las que se te ha unido”²⁷. Corbin, en su comentario sobre este relato, dice que los apetitos concupiscible e irascible que Avicena tipifica como dos temibles compañeros del alma o como los *demonios* del alma son *Energías psíquicas*, es decir, la masa de energías demoniacas que agitan y llenan de tinieblas el mundo del alma: la ansiedad y la cobardía, la ambición y las pasiones, la traición y la hipocresía, todas esas potencias tan humanas que los demonios ponen en movimiento²⁸.

También Ibn ‘Arabī otorga una existencia ontológica propia a las sugerencias que llegan al corazón. El Šayj, al igual que otros maestros, clasifica los “pensamientos incidentales” o “inspiraciones” (*jawātīr*), es decir, las ocurrencias o incidencias que llegan al interior del corazón en cuatro categorías: *inspiración divina* (*ilāhī*) —también llamada “misericordiosa” (*raḥmānī*) o “señorial” (*rabbānī*)—, *inspiración espiritual* (*rūḥānī*), *sugerencia anímica o psíquica* (*nafsānī*) y *tentación satánica* (*šayṭānī*)²⁹. Las dos primeras corresponden a lo que podríamos llamar propiamente ‘corazonadas’.

Kubrā, en su exposición sobre el significado de los colores y las formas vistas por los discípulos durante el retiro, afirma que los *jawātīr*, los pensamientos aparecidos en el corazón, pueden surgir del corazón humano o del alma inferior, y proceder de los ángeles o de los *ŷinn*³⁰. Y que es a través de los pensamientos como el demonio (*šayṭān*) sin-toniza con el alma. Si está corrompida, la embauca y la agita, proporcionando al mal la apariencia del bien³¹. En el Corán se encuentra la base de esta concepción: “Él (el *šayṭān*) y su hueste os ven desde donde vosotros no les veis. A los que no creen les hemos dado los demonios como amigos”³². Rūmī comentando esta misma aleya dice lo siguiente: “El corazón es como una gran casa: la casa del corazón tiene vecinos escondidos; por las rendijas de ventanas y paredes espían los pensamientos ocultos, por una rendija que el dueño de la casa no

concibe y en la que no interviene”³³. Y dice que también los espíritus iluminados pueden influir en el corazón: “Puesto que los diablos, a pesar de su grosería, conocen nuestra alma, pensamiento y creencias interiores y pueden secretamente entrar, venciéndonos con sus mañas ladronas, (y dado que) continuamente nos causan daños y perturbaciones, pues son los amos del túnel (interior) y de las rendijas de las ventanas, ¿cómo no iban a conocer nuestro estado oculto los espíritus iluminados del mundo?”³⁴.

La psicología jungiana, por su parte, también acepta esta concepción, pues Jung habla en los siguientes términos de las figuras que encontró en su mente durante la época de confrontación y análisis del inconsciente: “Filemón y otras figuras de la fantasía me llevaron al convencimiento de que existen otras cosas en el alma que no hago yo, sino que ocurren por sí mismas y tienen su propia vida. Filemón representaba una fuerza que no era yo. Tuve con él conversaciones imaginarias y él hablaba de cosas que yo no había imaginado saber. Me di cuenta de que era él quien hablaba, y no yo. Él me explicaba que yo me comportaba con mis ideas como si las hubiera creado yo mismo, mientras que, en su opinión, estas ideas poseían su propia vida como los animales en el bosque o los hombres en una habitación, o los pájaros en el aire: «Si ves hombres en una habitación, no se te ocurriría decir que los has hecho o que eres responsable de ellos», me explicó. Así me iba yo familiarizando paulatinamente con la objetividad psíquica, la realidad del alma. A través de las conversaciones con Filemón se me hizo patente la diferencia entre yo y mi objeto ideológico. También él se me presentaba objetivamente, por así decirlo, y comprendí que hay algo en mí, que puede expresar cosas que yo no sé, ni sospecho, cosas que, quizás, vayan dirigidas incluso contra mí”³⁵.

Esta concepción se entiende mejor a la luz del esquema presentado sobre los grados o planos del ser. Como hemos visto, la cuarta *hadra* o mundo *Imaginal* es un intermundo con plena existencia según la cosmovisión sufí, y es en él donde habitan los seres de luz y los del mundo de las tinieblas.